

que quiso adornar al hijo pródigo su anciano y amoroso padre.

Así se honraron, Señores, con poseer tan fuerte é impenetrable escudo los sabios y los Monarcas: entre los primeros, un Baronio, un Belarmino, un Lancelot; entre los Soberanos, un San Luis, un Eduardo de Inglaterra, un Felipe II. Así esa devoción santa fué muy especial objeto de los elogios y de los privilegios de más de treinta Pontífices, entre los que se distinguen León IV, Adriano II, Sixto IV, Paulo III, Paulo IV, San Pío V, Gregorio XIII, Gregorio XV, Urbano VIII é Inocencio X; siendo por todo extremo conmovedor contemplar á Benedicto XIV, aquel talento tan vasto, aquel espíritu tan reposado, y verle enardecerse y elevarse ante el Escapulario de la Virgen María, consignando con ardoroso fuego sus prerrogativas y sus beneficios, y hallando en él la garantía de todo bien, la reversibilidad de todo mérito, el germen de los pensamientos saludables y de las virtudes fecundas. Así, por último, podremos admirar tantas bellas tradiciones, tantos interesantes relatos, tantas leyendas seductoras del Escapulario de María, lo mismo en la tierra que en el mar, en las pilas bautismales que en el lecho del moribundo, en el campo de batalla que en la quietud envidiable del hogar doméstico, y del apartado claustro donde oran y se santifican las vírgenes en sus coloquios místicos con el celestial Esposo.

El mundo, hermanos míos, el espíritu del mundo, desconoce tristemente estas bellezas y ternuras; no sabe comprender cómo un sencillo objeto bendecido por la Iglesia basta para afirmarnos en la verdad, para hacernos amable la práctica de todas las virtudes, y más especialmente todavía, de la castidad, la misericordia, la esperanza y la fe. El sabio sin creencias, el hombre mundano sin espíritu de sacrificio, el rico sin caridad, el pobre sin resignación, podrán ver únicamente en el Escapulario de María una simple señal de la religión que se ha profesado; pero el corazón católico sabe á fondo que se compendia en él todo un símbolo de los misterios divinos, se encierra todo un ideal acabado de las hermosuras morales; que él representa una finalidad santa, la gloria de nuestro eterno destino; que es estrella que alumbra el entendimiento, y es estola de pureza que apaga los incendios de una naturaleza enferma, produciendo en las almas una candidez angélica que sólo pudiera compararse á la nieve recién caída, antes de que el huracán ó la planta humana hayan podido afean su ampo resplandeciente.

Sí, amados míos; vosotros, los que habéis querido adornaros con esa vestidura bendita, os alimentáis conmigo de la comunión en una misma fe, participáis de los júbilos que yo siento, os complacéis en ostentar la filiación venturosa que nos hace á todos prosternarnos ante la maternidad de la Virgen María. Sí, mil veces sí. En ese escudo



que cubre el pecho del cristiano, yo confieso y proclamo con vosotros que convergen todas las luces, todos los latidos, todas las plegarias, todos los merecimientos de los otros seres que se nutren del mismo amor y viven de la misma vida: yo declaro y sostengo que ese signo visible llevado por mí denota, en un corazón contrito, ó en un alma siempre cándida, la vislumbre de bellezas invisibles y la confianza de recompensas inefables. El Sacerdote que me lo impone representa en mi imaginación á Cristo que me redime, á la Virgen María que me protege y conforta, á los espíritus celestiales que me custodian y sonríen; y en las oraciones que recita, él conjura á un tiempo mi razón y mi conciencia para que haga de todo mi ser un cielo sin nubes, un lago sin borrascas, bañado por la luna; la lucerna, en fin, de que habla el Evangelio (1), que ilumina mi cuerpo y que ha de reflejar sus resplandores sobre la Iglesia, y sobre toda la sociedad cristiana.

He concluído, mis amados hermanos; y resumiendo las ideas de este Discurso, diremos que todas las advocaciones de la Virgen María son, por la plenitud de la gracia con que fué enriquecida la Madre del Divino Verbo, por los tesoros de amor que difundió María sobre los individuos y las sociedades, por los testimonios de gratitud

(1) Luc., XI, 34 y 36.

ferviente que elevaron ante su altar los pueblos; son, digo, poemas deliciosos y sublimes que cautivan toda inteligencia serena, que conmueven todo corazón sensible, que convidan é impulsan á las almas rectas para confirmarlas en la fe y para perfeccionarlas en los secretos de la virtud. Añadiremos que las grandezas y hermosuras de la Religión Carmelitana, planta muy señaladamente amada y protegida por María en los vergeles de la heredad cristiana, regada en todos los siglos con el fecundante rocío de entendimientos tan poderosos como humildes, con las aguas salutíferas de la penitencia, con la lluvia suave de las oraciones eucarísticas; esas grandezas y hermosuras, repito, llenaron los templos de fervorosas multitudes; hicieron famosas las Universidades católicas; esclarecieron las Asambleas ecuménicas con inmortales trabajos; pusieron públicamente el inspirado saludo del *Angelus* en todos los labios piadosos. Proclamaremos, por último, que el Escapulario otorgado por la Virgen María á los amadores del Carmelo es eficaz resorte para alcanzar el triunfo de todas las verdades y la difusión de todas las virtudes; es talismán misterioso para impedir que el sabio se desvanezca, que las muchedumbres se agiten, que las costumbres se corrompan, que los odios se enconen, que los sufrimientos se esterilicen, que los goces de la materia se sobrepongan á las armonías del espíritu. Y de todas estas premisas,



tan verdaderas como salvadoras, concluiremos nosotros que el amor y el culto de María, contra cuya majestad y dulzura apenas osaron rebelarse algunos insensatos en la historia de las generaciones cristianas, y la preciada enseña con que se ha dignado distinguir á sus hijos, son para el hombre y para las sociedades una esperanza bienhechora de regeneración y de vida. *In me omnis spes vitæ et virtutis.*

¡Oye Tú ahora, Virgen mía, nuestros votos y nuestras súplicas! Tú ves desde los cielos que la Iglesia de Jesucristo es perseguida; que el Pastor Supremo es víctima de la iniquidad y el despojo; que las vírgenes del Señor lloran en sus moradas solitarias; que los espíritus tímidos se estremecen en las pesadillas de sus noches; que aun los corazones esforzados tiemblan por el porvenir de las sociedades: haz, pues ¡oh dulce Virgen! que la majestad de tu ser, el influjo de tu amor, las victorias de tu culto, sean iris radiante de paz y de ventura para el Catolicismo y para el mundo. Tu nombre significa *Estrella* y *Esperanza*: tu advocación del Carmelo es emblema de gracias y prodigios: tu Santo Escapulario es promesa del bien, y amparo en el infortunio. Dígnate, Madre mía, alumbrar con tus rayos los entendimientos que viven en las obscuridades del error, salvar con tu intercesión y tu clemencia las almas seducidas por los halagos de las pasiones, vigorizar á los débiles con el ejemplo de tus incomparables vir-

tudes, infundir en todos los corazones los gozos purísimos de aquella dulce relación, de aquel feliz consorcio de la libertad humana con la gracia divina, que hace fecunda la dicha, leves las tribulaciones, deseable la virtud, sublime el sacrificio; y que conduciéndonos de grado en grado, de perfección en perfección, hasta el dón hermoso de la perseverancia, hace dormirse al alma en el ósculo del Señor, para gozar eternamente de la gloria de los bienaventurados.— ASÍ SEA.

